

Semana Santa 2011

Los que llegamos a Maranchón unos días antes del Domingo de Ramos, vemos que, año tras año, se nos presenta la incógnita de si se darán todas las condiciones para que, nuestros Pasos puedan recorrer las calles de nuestro pueblo.

Normalmente, las previsiones del tiempo y la escasez de gente resultan desfavorables, pero el rato de la procesión es respetado por la lluvia y acogido por un gran número de los que estamos en el pueblo. Está visto que, todos acogemos las tradiciones con cariño, manera estupenda de honrar a los que nos dejaron este importante legado.

Sin embargo creo yo, que esas personas que se han ido, a las que seguimos amando de manera singular, no pensaron en dejarnos solamente una tradición, sino pedazos de su vida, injertados en tan hermosas tallas.

Los nuestros, esos a los que queremos conmemorar, junto a cada Paso, oraron, evocaron, lloraron, gozaron... Ellos se esforzaron, para llevarles una promesa, en momentos de dificultad y aún, en medio de tantas privaciones como vivían entonces, aportaron sus limosnas para que este legado floreciese cada vez más.

Sé bien, que lo que comparto está en la mente de todos. Solamente hay que acercarse a la Iglesia el día de viernes Santo para ver el número de personas que acuden a la procesión. Pero también sería bueno que fuésemos valientes y nos preguntásemos, si todo esto que hacemos, responde a lo que esperaban de nosotros, esos que nos dejaron este gran caudal de fe.

¿Qué esperarían ellos que, esta devoción, significase en nuestra vida?

¿Cómo les gustaría que la insertásemos en nuestra forma de vivir?

¿Qué mensaje querrían aportarnos, con todo esto, a nuestra ajetreada vida?

Posiblemente no tengamos tiempo de plantearnos estas cosas, pero es bueno saber la grandeza que encierra su significación.

Esta realidad nos está alertando de que Dios camina a nuestro lado, le interesan nuestras cosas. No importa que sean grandes o pequeñas, buenas o malas, insignificantes o trascendentes...

Y ¡qué fantástico! Envolviendo todo ello, La Madre. Nuestra Virgen de los Olmos. De ella par-



timos y a ella volvemos en nuestra procesión. Quizá no nos hayamos parado a pensar, que ella quiere que tengamos en cuenta, la gracia que supone el que su Hijo haya vencido a la muerte para devolvernos a todos la Vida. La auténtica VIDA; esa que, con normalidad, pasa desapercibida en el devenir de nuestra existencia.

Digo esto, porque todo lo vivido en los días de Semana Santa, da paso a la Procesión del Encuentro y tristemente se puede observar los pocos que acuden a ella.

Quizá sería bueno que fuésemos capaces de escuchar a la Virgen, en alguna de las visitas que le hacemos, diciéndonos: ¡No os quedéis dormidos! ¡Salid al encuentro de mi Hijo Resucitado!

Sabed que, mi Hijo era demasiado grande para quedar atrapado por una gigantesca losa de piedra.

Sabed, como yo sabía, que Dios, su Padre, no era un Dios de muertos sino de vivos y que frente a la cruz, el sufrimiento y la caída, existían la alegría, el perdón, la libertad y la resurrección.

Sabed, que mi Hijo ofrece su luz y su gozo en una vida nueva y resucitada. En una vida rebosante, henchida y plena.

Y, aquí lo tenéis, mi Hijo Vive y seguirá viviendo en cada uno de vosotros, por toda la eternidad.

Es posible que después de escuchar todo esto que nos dice "nuestra Virgen" el próximo año, aumente la afluencia a la procesión del Encuentro y, este tiempo de gracia que se nos regala año tras año, proporcione a nuestra vida, mucha más alegría y felicidad.

Julia Merodio